

ULISES: DE TIERRAS NÓRDICAS AL MEDITERRÁNEO

VINCI, Felice, *Omero nel Baltico. Saggio sulla geografia omerica*. Presentazione di Rosa Calzecchi Onesti; prefazione di Franco Cuomo, Roma: Fratelli Palombi Editori, 2000, 479 págs.

La geografía homérica ha fascinado desde siempre a los estudiosos. La tradicional identificación topográfica con lugares reales del Mediterráneo no ha dejado, sin embargo, de plantear problemas y de suscitar perplejidades ya desde la misma Antigüedad. Estrabón, por ejemplo, no se explicaba por qué la isla de Faro, que se halla precisamente ante el puerto de Alejandría, resulta encontrarse inexplicablemente en Homero a una jornada de navegación de Egipto. Lo mismo habría que decir de la isla de Ítaca, la patria de Ulises, que, siendo para Homero la más occidental de un archipiélago del mar Jónico formado por tres islas mayores (Duliquio = isla "larga" —del griego *δολιχός*— inexistente en el Mediterráneo, Sama y Zante = antigua Zacinto), su ubicación no se corresponde con la realidad: Ítaca se localiza tradicionalmente en una isla pequeña al sur de Leucade, al este de Cefalonia y al norte de Zante. O bien, por poner otro ejemplo, no deja de sorprender que el Peloponeso se encuentre descrito sistemáticamente, una y otra vez, como una amplia llanura tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*. Los ejemplos, que podrían multiplicarse, demuestran sobradamente que la milenaria tradición que viene identificando la geografía homérica "es con frecuencia parcial, aproximativa y problemática, cuando no cae en evidentes contradicciones" (pág. 13). De hecho, la toponomástica homérica, confrontada con la realidad física del mundo griego, presenta incomprensibles anomalías que se hacen más evidentes cuanto más se insiste en los datos y cuanto mayor es la coherencia interna de los contextos.

Estas anomalías son las que hace ver con suma claridad y detalles el autor de este libro, Felice Vinci, que desde su primera edición en 1995 —la que comentamos es la segunda edición corregida y aumentada— no ha dejado de cuestionarse la ubicación de los lugares homéricos, esta vez desde instancias más populares, por así decirlo, no ya entre los estudiosos, con un cierto interés —no necesariamente excesivo— por la Antigüedad. A su mérito se debe el que la discusión sobre Homero haya saltado a la calle, fuera de lo puramente escolástico, y que entre sus lectores pocos hayan quedado indiferentes ante sus planteamientos y propuestas. Ello no quiere decir que hayan quedado convencidos, mas la inquietud y el recelo ante la tradición de un Ulises mediterráneo ha quedado aún más fragmentada de lo que aparecía reservadamente hasta el momento.

Pero el autor, que oficialmente no tiene el título de especialista en lenguas clásicas, sino de ingeniero nuclear, y cuya profesión lo sitúa comprometido con el mundo de la industria —es un "dirigente industriale"— demuestra no sólo tener una predilección por la literatura homérica, como manifiesta también desde su anterior libro *Homericus Nunciatus* (Solfanelli, Chieti 1993), sino, además, da pruebas de conocer los poemas homéricos con una puntualidad que nada tiene de banal. El hecho de que haya encendido la discusión sobre Homero en ambiente no escolástico, lo hacen merecedor de una consideración y de animar a su lectura antes que descartar, por demasiado atrevida, su propuesta.

En efecto, en este libro tenemos una propuesta audaz, provocativa en sumo grado. Me atrevería a decir —y creo no errar— que se trata del planteamiento más radical hecho hasta el día de hoy sobre la geografía homérica. Un planteamiento que, por lo demás, pretende ser exhaustivo: el autor no esconde ni elude los problemas. Tal vez su afán por demostrarlo todo sea para alguien prueba de que no soluciona nada, pero pocos dudarán de que allí donde apunta a un problema, lo hay en verdad y serio. Si en el pasado había demasiados huecos por rellenar en la toponimia homérica, desde ahora el autor ha puesto el dedo en la llaga de otros muchos, que una crítica filológica e histórica más atenta deberá solucionar o, al menos, tener en cuenta. Tal vez el detonante de la propuesta de Felice Vinci, como él mismo parece confesar, haya sido Plutarco, quien en su *De facie in orbe lunae*, afirma que la isla Ogigia —tradicionalmente identificada con la península de Ceuta— donde la ninfa Calipso retuvo a Ulises durante diez años antes de su vuelta a Ítaca, está situada en el Atlántico, en el Mar del Norte, “a cinco días de navegación desde Britania”. Una afirmación, en verdad, sorprendente, si además se tiene en cuenta que en tiempos de Plutarco no había dudas de qué se entiende por Britania y dónde se encontraba (cfr. I^a parte, cap. I, págs. 24-33).

A partir de esta “possibile chiave”, como la llama Vinci, se estudia en el libro con precisos particulares la geografía homérica. Su tesis es clara y rotunda: la topografía de los poemas homéricos no corresponde a la del Mediterráneo, sino a la del Báltico. En este nuevo marco, todo empieza a iluminarse con una coherencia —al menos aparente— que no dejará de sorprender y sobrecoger al lector por la complicidad comprobatoria de los datos: descripción geográfica, relación entre los nombres de la toponimia homérica y los nombres actuales de los lugares bálticos, y hasta la misma arqueología y el estudio de la meteorología misma de los lugares. Así, partiendo de la indicación plutarquiiana y siguiendo la ruta de Ulises hacia el Este, tal como se indica en el libro V de la *Odisea*, desde la isla Ogigia, que el autor identifica con la isla Färöer, pronto empieza a localizarse la tierra de los Feacios y la Esqueria, en la costa meridional de Noruega, donde abundan los restos de la Edad de Bronce. El autor descende a comprobar los mínimos detalles: describe cómo el río donde Ulises descubrirá a Nausícaa invierte en un cierto momento el sentido de la corriente y acoge al naufrago en el interior de su propia desembocadura. Tal fenómeno, incomprensible en el Mediterráneo, se debe a la alta marea, que en aquella región produce periódicamente la inversión del flujo en los estuarios, lo que favorece el ingreso de las naves en el puerto.

De aquí le será fácil, además, al autor poder identificar las tres islas homéricas junto a la de Ítaca, que en la geografía homérica estaban descritas minuciosamente, pero con datos totalmente incongruentes: Langeland —la isla “Larga”, que nos revela el enigma de la misteriosa Duliquio—, Ærø —que correspondería a la Sama homérica, colocada exactamente tal como se indica en la *Odisea*— y Tåsinge —la antigua Zacinto. La última isla del archipiélago hacia occidente (“la que está en dirección a la noche”), actualmente llamada Lyø, correspondería en todo detalle (“in modo stupefacente”, puntualiza el autor) a la descripción homérica de Ítaca. En efecto, esta última isla coincide con la descripción de la *Odisea* “non solo per la posizione, ma anche per le caratteristiche topografiche e morfologiche”. Es más, el autor cree encontrar incluso la pequeña isla “en el estrecho entre Ítaca y Sama” donde los pretendientes de Penélope se colocaron para asaltar a Telémaco.

Por otra parte, a oriente de Ítaca y delante de Duliquio se encontraba una de las regiones del Peloponeso, que, según Vinci, puede identificarse con la gran isla danesa de Sjælland, la verdadera isla de Penélope. El Peloponeso griego, sin embargo, no es una isla: contradicción que no encuentra explicación si no se admite una trasposición de nombres. Y

es más, añade el autor: "sia i particolari, riportati dall'*Odisea*, del rapido viaggio in cochio di Telemaco da Pilo a Lacedemone lungo una *pianura ferace di grano*, sia gli sviluppi della gu erricciola tra Pili ed Epei raccontata da Nestore nell'XI libro dell'*Iliade*, da sempre considerati incongruenti con la tormentata orografia della Grecia, si inseriscono alla perfezione nella realtà della pianeggiante isola danese" (pág. 14; cfr. Iª parte, caps. II y III, págs. 34-56).

El autor estudia, incluso, la posible relación de las aventuras de Ulises con la mitología nórdica (Iª parte, cap. IV, págs. 57-83), encontrando sugerentes paralelos en Kullervo, y en especial con el héroe Ull, guerrero y arquero de la mitología nórdica, y, en general, en las leyendas del *Kalevala*. Algunos de estos paralelos podrían hallarse —esto es verdad— en otras mitologías de Europa septentrional, así como también en la de los Celtas (págs. 79ss). Pero es sorprendente el cúmulo de relaciones nada triviales, por cierto, que no dejan indiferentes al lector.

Un "gran mosaico", en fin, como lo llama el autor, "en cuya progresiva reconstrucción uno es capaz de ver un cuadro de conjunto extraordinariamente claro y coherente" (pág. 83). Es la preocupación única del autor: probar —y en verdad no se notan grandes forcejeos ni violencias en la interpretación del texto— que la realidad geográfica del Atlántico septentrional ofrece un marco claro y coherente a la descripción de los poemas homéricos. Pero el autor, que ha empleado más de cien páginas para tratar de la geografía de Ulises, no se queda ahí. En tres partes más, con semejante extensión, trata del mundo de Troya (IIª parte, págs. 114-211), el mundo de los Aqueos (IIIª parte, págs. 214-335) y una última parte que titula "Más allá del Báltico: Aqueos e Indoeuropeos" (IVª parte, págs. 338-410).

Respecto a Troya, que la *Iliada* sitúa a lo largo del Helesponto, vuelve a darse el mismo problema de incongruencias. Según el texto homérico, el Helesponto es descrito como un mar "amplio" y, además, "ilimitado", que poco tiene que ver con el Estrecho de los Dardanelos, donde, según Schliemann, se encontraba la ciudad de Troya, identificación fuertemente criticada por Finley. Ahora bien, el historiador medieval danés Saxo Grammaticus menciona en diversas ocasiones en su *Gesta Danorum* un pueblo de "helespontinos", enemigos de los daneses, y un Helesponto que se sitúa curiosamente en el Báltico oriental. Esta obra es, para Vinci, el detonante de su propuesta sobre Troya, al igual que Plutarco lo fue para su planteamiento sobre la geografía de Ulises. Así, Vinci sitúa la nueva geografía de Troya en el Golfo de Finlandia, el correspondiente geográfico de los Dardanelos, en una localidad entre Helsinki y Turku, cuyas características corresponden exactamente a la descripción de la *Iliada*: área llena de colinas dominando el valle con dos ríos, llanura que baja hacia la costa, las alturas a las espaldas, etc. Una localidad que actualmente —es sorprendente— se llama Toija. Numerosos son los descubrimientos en esta zona de la Edad de Bronce. Incluso, yendo en dirección al mar, el nombre de la localidad llamada Aijala recuerda la "playa" (en gr. αἰγιαλός) donde los aqueos habían abandonado sus naves (cfr. *Iliada* XIV, 34). Las correspondencias se extienden a las áreas adyacentes. En toda la extensa región se encuentran numerosas ciudades que recuerdan de modo sorprendente los topónimos de la *Iliada*, sobre todo aquellas localidades aliadas de los troyanos: Askainen (Ascanio), Reso (Reso), Karjaa (Caria), Nästi (Naste), Lyökki (Lici), Tenala (Tenedo), Kiila (Cilla), Kiikoinen (Cicone) y muchas más. Incluso los tipónimos Tanttala y Sipilä, que nos recuerdan el nombre del monte Sipilo, donde fue sepultado el mítico rey Tántalo, el del famoso suplicio en la otra vida: unos datos que "indicano che il discorso non è circoscritto alla sola geografia omerica, ma sembra estendersi all' intero mondo della mitologia greca" (pág. 15).

Con todo este material, que muestra el buen conocimiento que el autor tiene de la geografía noruega, recorrida y observada con atención por él muchas veces, es posible trazar nuevas identificaciones, como, por ejemplo, el antiguo Golfo de Botnia, que para él no es sino el homérico Mar Tracio. La Tróade filandensa "calza a pennello", como dice el autor, con las indicaciones de la mitología: la espesa niebla, el viento, el frío, la nieve, el "lívido" y "brumoso" mar de Ulises, que nada tiene que ver con el claro y brillante mar de las islas griegas, etc. Una meteorología, en suma, muy acorde con el vestuario de los personajes homéricos: túnica y "espeso manto" que no se quitan ni en los banquetes, el mismo vestido del que se han encontrado restos en las antiguas tumbas danesas.

Es importante observar también que una situación geográfica septentrional de tales características explica "la macroscopica anomalia della grande battaglia che occupa i libri centrali dell' *Iliade*, con due mezzogiorni (XI, 86; XVI, 777) e una notte interposta (XVI, 567), durante la quale i combattimenti non s'interrompono per il buio, il che nel mondo mediterraneo appare incomprendibile: invece è il chiarore notturno, tipico delle alte latitudini nei giorni attorno al solstizio estivo, che consente alle truppe fresche guidate da Patroclo di continuare a combattere fino al giorno successivo, senza un attimo di tregua" (pág. 17). "Noche clara" (ἀμφιλύκη νύξ) la llama Homero, un verdadero y propio "fossile linguistico", como lo llama Felice Vinci, "che l'epos omerico ha fatto sopravvivere allo spostamento degli Achei nel sud dell'Europa". También el así llamado "catálogo de las naves" del libro II de la *Iliada*, que refiere la lista de las veintinueve flotas aqueas que participaron en la guerra de Troya, puede encontrar en esta nueva geografía de las costas bálticas una verificación puntual. Y el hecho de que en este catálogo se nos refiera las localidades de donde provenían los comandantes de dichas naves, hace posible la reconstrucción integral del mundo aqueo en torno al mar Báltico, donde florecía una espléndida Edad de Bronce en el segundo milenio a.C.

Esta nueva visión geográfica ayuda al autor a reconocer una multitud de detalles del mundo homérico. Vinci cree incluso identificar la verdadera Tebas de Édipo y el mítico monte Nisa, que nunca ha sido identificado en el mundo griego, y donde, de niño, da sus primeros pasos Dionisos. Lo mismo la Eubea homérica tiene su nueva localización en la actual isla de Öland, paralela a la costa sueca, en análoga correspondencia a la Eubea mediterránea. Y la "amplia tierra" de Creta, con cien ciudades y surcada por diferentes ríos, y que Homero jamás la denominó "isla", corresponde a la actual región de Pomerania, en el Báltico meridional, a lo largo de la costa alemana y polaca, lo que prueba, según el autor, que "nella ricca produzione pittorica della cosiddetta civiltà minoica, fiorita nella Creta egea, non si riscontrino tracce della mitologia greca ed anche le raffigurazioni di navi siano scarsissime" (pág. 18). La Hélade, en definitiva, debía haberse encontrado, según el autor, en la costa de la actual Estonia, mirando hacia el antiguo Helesponto, el mar de Helle, el actual Golfo de Finlandia. En esta zona, los estudiosos encuentran leyendas que ofrecen sugerentes paralelos con la mitología griega. El autor pasa revista incluso a ciertos fenómenos, a los que intenta dar una explicación: las rocas errantes, el canto de las sirenas, las danzas de la Aurora en la isla de Circe, el remolino de Caribdis... Los ejemplos, que aquí podrían multiplicarse, están claramente descritos, especialmente en la IIª parte. En la obra de Vinci, si algo sobra es precisamente la claridad, al margen de que uno esté o no de acuerdo con sus propuestas.

La IIIª parte (págs. 214-335) trata de un tema que a lo largo del libro va cayéndose por su propio peso: el origen nórdico de los aqueos. Un planteamiento que coincide con la tesis propuesta por Martin P. Nilsson en su ya lejano y no menos polémico libro *Homer and Mycenae* (Londres 1933), quien constataba en Grecia en las tumbas más antiguas

micenas la presencia de gran cantidad de ámbar, escaseando, sin embargo, tanto en las sepulturas más recientes como en las minoicas de Creta. Importante es también considerar, en apoyo de esta tesis, la gran cantidad de ejemplos que presentan una extraordinaria afinidad con los modelos del arte egeo; la impresionante semejanza de algunas planchas de piedra provenientes de una tumba de Dendra con los menhires conocidos en Europa central provenientes de la Edad de Bronce; los cráneos de tipo nórdico encontrados en la necrópolis de Kalkani, y un largo etcétera. Vinci recuerda también, entre los muchos datos que aporta, incluso de investigaciones externas a la suya, la presencia de un grafito micénico encontrado en el complejo megalítico de Stonehenge, en Inglaterra, junto a otros indicios encontrados por los arqueólogos dentro de la así llamada "cultura del Wessex", de época precedente a los inicios de la civilización micénica en Grecia.

Vinci no deja sin respuesta una posible pregunta, no tan inocente: por qué se trasladaron los aqueos al Mediterráneo. En la introducción da el autor una respuesta sintética: "all'epoca in cui sono ambientati i poemi omerici doveva essere ormai prossimo al tracollo un periodo caratterizzato da un clima eccezionalmente caldo, durato alcuni millenni: è accertato infatti che il cosiddetto *optimum climatico post-glaciale*, con temperature che nell' Europa del nord furono molto superiori a quelle attuali, raggiunse l'acme verso il 2500 a.C. e iniziò a declinare attorno al 2000, fino ad esaurirsi completamente qualche secolo dopo. Fu probabilmente questo il motivo che ad un certo punto indusse gli Achei a trasferirsi nel Mediterraneo" (pág. 21).

La IVª y última parte (págs. 338-405), tal vez la más arriesgada, vuelve sobre la cuestión del origen de la familia indoeuropea. La diáspora de los indoeuropeos, desde una posible patria originaria nórdica, podría haber sido la caída del clima en Europa septentrional a partir del inicio del segundo milenio a.C. Es relevante que en las más primitivas tradiciones indoeuropeas, como son el *Avesta* iránico y el *Edda* nórdico, se refiera explícitamente la caída del paraíso primordial motivado por el hielo de un terrible invierno.

En esta última parte, el autor intenta recomponer todo el marco de la antigüedad griega. La congruencia en los datos geográficos, climáticos, toponomásticos y morfológicos revisados a través de la obra, frente a las incongruencias en un marco greco-mediterráneo, no es para el autor un simple juego de la casualidad. Su reconstrucción del mundo homérico no sólo da cuenta de las sorprendentes correspondencias con el marco báltico-escandinavo, que soluciona los absurdos e incoherencias de una colocación mediterránea, sino que explica también el hecho de que la civilización micénica aparezca diferente y más progresiva que la civilización homérica. El contacto con las refinadas culturas del Mediterráneo favoreció una rápida evolución. El trasvase emigratorio desde Escandinavia a Grecia hizo, según el autor, que se perdiese incluso la memoria del autor o autores de los poemas así llamados "homéricos".

Pero, además, Vinci pretende dar la máxima coherencia a su planteamiento, no dejando, como se dice, "rabo sin desollar". Los emigrantes aqueos llevaron consigo sus epopeyas, pero también su geografía: "attribuirono infatti alle varie località in cui si insediaron gli stessi nomi che avevano lasciato nella patria perduta, di cui perpetuarono il retaggio nei poemi omerici e nella mitologia greca...; inoltre ribattezzarono con i corrispondenti nomi baltici anche le altre regioni dell'area mediterranea, quali la Libia, Creta e l'Egitto" (págs. 21-22). De aquí se generó lo que Vinci llama "un colossale *equivoco geografico*" que ha durado hasta hoy. En esta tarea de denominación de los lugares que van ocupando puede haber jugado un papel importante, según el autor, la analogía entre las configuraciones geográficas del Báltico y las del Mar Egeo.

La geografía que abarca el libro de Vinci es más amplia de lo que puede dejar entrever esta nota bibliográfica, pues no sólo analiza la toponimia de lugares concretos helenísticos y adyacentes (Atenas, Tebas, Aúlida, Micenas, Pilo, Etiopía, Creta, Samotracia, Cipro, Lemno, Frigia, etc.), sino también la geografía mítica, como el Tártaro y el Olimpo. Exagerado sería decir con el autor: "Addio Grecia, addio mare Mediterraneo!". Pero he aquí un libro que no debe pasar desapercibido, y que debería leerse bajo la perspectiva indicada por el propio autor: como una obra de "carácter esencialmente geográfico y no historiográfico", lo que no implica —añade el autor— que sus conclusiones no puedan ser útiles a los historiadores como una contribución para solucionar una serie de problemas, algunos de ellos milenarios. No dejará, sin embargo de suscitar este libro las más variadas opiniones, dudas, desconfianzas, disentimientos e incluso escándalo, como afirma en la presentación Rosa Calzecchi Onesti, helenista y traductora de los poemas homéricos. Sobre todo, pocos perdonarán a un ingeniero nuclear haber entrado en el campo de la crítica histórico-literaria. El hecho de haber traspasado este "sagrado" umbral le acarreará no pocas censuras y rechazos, escritos o verbales, por no hablar de menosprecios y descalificaciones.

Tras una breve conclusión (págs. 407-410), sin novedades que resaltar, la obra ofrece un dossier de trece tablas geográficas, cuidadosamente elaboradas (págs.411-425). Le sigue una, no demasiado amplia, bibliografía (págs. 427-431), que, dado el procedimiento usado por el autor de verificación experimental de la geografía del Báltico y la novedad de su propuesta, puede considerarse suficiente, y en verdad, no demasiado criticable. Aunque aquí podría cebarse la crítica con el autor. Un excelente repertorio fotográfico (que incluye noventa fotos, págs. 433-478, tomadas en los distintos viajes del autor a tierras escandinavas), cierran este libro escandaloso y polémico, uno de los más audaces que puedan leerse en los últimos años, especialmente por la sustitución, tras tantos siglos, de un Ulises mediterráneo por otro báltico. Un libro tan provocador que no pocos equiparán a un sacrilego. Pero ahí está el libro, ofreciendo un reto incómodo, como un problema añadido a la ya incómoda geografía homérica. Una tesis de tal envergadura es tan difícil de aceptar en su totalidad como de rechazar también en su totalidad. Por eso es explicable el silencio de voces autorizadas que podrían dar una orientación al respecto. Al contrario, nadie se quiere comprometer, posiblemente para no participar de la suerte del autor. Y esto, contando en el mejor de los casos con que se haya leído la obra. Pues no pocos, como en otras ocasiones semejantes, mostrarán su rechazo para disimular su ignorancia. La verdad es que muchos siglos de tradición a las espaldas pesa demasiado y la prudencia es también aquí, como siempre, la mejor consejera. Pero la prudencia nunca monopoliza y, sobre todo, sabe discernir en el detalle más que en la generalidad. No hubiera estado de más que el autor hubiese ofrecido también un índice de nombres propios que incluya, por supuesto, los geográficos. El lector lo echa de menos con frecuencia dadas las continuas alusiones y referencias a lugares ya tratados a través de la obra, y a pesar del extremado orden de exposición, que va en mérito de su autor. [ÁNGEL URBÁN].

En busca de la fugitiva Medea: "sic fugere soleo" (Séneca, *Medea*, 1022)

GENTILI, Bruno; PERUSINO, Franca (Eds.), *Medea nella letteratura e nell'arte*, Venecia: Marsilio Editori, 2000, 215 págs.

Contiene este volumen diez estudios de diferentes autores en torno a la figura mítica de Medea. Quienes han cuidado la edición, Bruno Gentili y Franca Perusino, han reunido las conferencias de un seminario impartido en Urbino durante dos días (23-24 de